

SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO (A)
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
25 de mayo de 2008
Jn 6, 51-58

Hace unos años, el teólogo alemán Karl Rahner dijo una frase que ha resultado profética: "el cristiano del futuro será místico o no será". En otras palabras: en el s. XXI quien no tenga una vivencia intensa y personalizada de la fe cristiana, dejará de ser cristiano, porque la sociedad no solamente ya no le ofrecerá un ambiente de convicciones cristianas, sino que presentará unos modelos de vida y de pensamiento indiferentes, relativistas y hasta opuestos a la fe. Es, hermanos y hermanas, lo que podemos constatar cada día. Sólo se mantiene como cristiano el que tiene una vivencia intensa y ha reflexionado su fe.

El evangelio de esta solemnidad del Corpus nos indica, precisamente, cuál es el camino para tener una vivencia intensa y personalizada de la fe y, por lo tanto, para poder mantenerla en nosotros y testimoniarla en los otros en la sociedad plural como camino de vida y de alegría en la paz. Nos lo enseña a partir de una imagen cargada de significado. La de comer y beber. Son dos elementos imprescindibles para vivir; sin alimentarse y sin ingerir líquido no se puede tener vida. A partir de esta constatación, Jesús en el evangelio nos decía que eso también ocurre a un nivel superior. Para tener vida espiritual, el cristiano tiene que comer y beber; así podrá vivir con sentido y coraje y podrá recibir la prenda de la vida para siempre.

Y, ¿qué es lo que hay que comer y lo que hace falta beber para tener esta vida que es espiritual y se convierte en eterna? Jesús ha empezado hablando de *pan*; pero no se trata en absoluto del pan ordinario que amasa el panadero. Jesús hablaba de un *pan* espiritual. Un *pan* que es su Palabra que nos habla del amor que Dios nos tiene y que nos ilumina la existencia con las penas y alegrías que comporta. El *pan*, además de la Palabra es, también, según hemos oído, el Santo Don de la Eucaristía, el sacramento que él ha confiado a la Iglesia. Por eso podemos decir que el *Pan* verdadero que Jesús nos da es él mismo hecho Palabra y hecho Sacramento eucarístico con el fin de alimentar nuestra inteligencia y darnos vida en el Espíritu cuando le escuchamos y cuando comulgamos.

La expresión tan fuerte que utiliza, *comer su carne y beber su sangre*, nos remite a la realidad de la Encarnación, del Hijo de Dios hecho hombre y por eso *bajado del cielo*. Todos los que creemos en Cristo somos invitados, pues, a alimentarnos del Verbo hecho *carne*. Esta expresión nos remite, también, a la ofrenda suprema de la vida de Jesús en la cruz, cuándo derramó su *sangre* por amor nuestro. Efectivamente, el pan y la bebida que nos alimentan espiritualmente son su *cuerpo* y su *sangre* ofrecidos al Padre y a la humanidad. El sacrificio del Calvario y la Eucaristía son inseparables. Por eso Jesús decía que el *pan* que nos da tiene un efecto muy superior al del maná que los israelitas comieron en el desierto durante el éxodo hacia la tierra prometida. Su *pan* tiene toda la fuerza curadora y vivificando porque, amasado en el seno de Santa María, ha sido "entregado" en la cruz para la vida del mundo. Y este pan es capaz de dar la vida ahora y para siempre porque es portador del Espíritu.

Sin embargo, hay más. Jesús no ha hablado sólo de darnos la vida, como si fuera una realidad que quedara externa tanto para él como para nosotros. Ha hablado, también, de presencia, de compenetración: *el que come mi carne y bebe mi sangre -decía- habita en mí y yo en él*. Éste estar, o permanecer en él, es una expresión típica del evangelio según san Juan para referirse a la relación personal con Jesucristo hecha

de fidelidad perseverante y vivida en el amor que se establece entre él y el creyente, y que pide también la correspondencia del creyente hacia Jesús. Es decir, *comer con fe el cuerpo y la sangre de Cristo* crea una relación de amistad que lleva a la presencia interior de uno en el otro, que lleva a una relación personal recíproca.

Ésta es la maravilla: que por medio de la Palabra y de la Eucaristía se crea una relación profunda e íntima entre Jesús y el creyente. Se crea una compenetración tan fuerte si se vive con intensidad y se corresponde al don recibido, que sólo un mal uso de la libertad por parte nuestra que nos lleve al pecado puede hacerla disminuir o cesar. ¿Cómo podremos ser, pues, cristianos "místicos", por utilizar la expresión de Karl Rahner? Acogiendo intensamente la Palabra de Jesús y viviendo en profundidad la Eucaristía. Y celebrarla, recibirla, no nos cierra en nosotros mismos; al contrario, nos invita a compartir la mesa con otros y crea unos vínculos de comunión que piden un fuerte compromiso social, solidario con los más desvalidos o marginados.

En esta solemnidad jubilosa que nos trae resonancias pascuales, tres de nuestros escolanes y la hermana de otro harán la primera comunión. Son Arnau, Andreu, Joan y Núria. Hoy es un día importante para vosotros y todos os felicitamos. Como cristianos que sois por el bautismo que recibisteis, ahora Jesús os da su *pan* y su *vino*. Ser invitados a esta mesa os tiene que dar mucha alegría. Jesús os llama a ser amigos de él y desde hoy quiere que vuestra conversación con él sea más frecuente y más intensa, de amigo a amigo. ¿Y cómo podéis hablar con Jesús? Escuchando o leyendo el Evangelio y dejando que os salga espontánea la plegaria. Y sobre todo cuando recibís el *cuerpo* y la *sangre* de Cristo en la Eucaristía; hacedlo a menudo y agradecedle que venga a vosotros, explicadle aquello que lleváis dentro, vuestros deseos, vuestros sentimientos, que sea vuestro confidente más íntimo; pedidle que os ayude, y dejad que os hable en el fondo del corazón.

Unidos a vosotros que hacéis la primera comunión, hoy, solemnidad del Corpus, todos nosotros agradecemos el don de la Eucaristía y renovamos nuestra fe en la presencia del Verbo encarnado, del Señor que ha entregado su cuerpo y su sangre en la cruz y ahora nos los ofrece en los Santos Dones eucarísticos. Mientras nos alimentamos, adoramos su presencia de amor y nos sentimos invitados al coloquio personal en la donación recíproca. Nosotros aportando nuestro deseo de fidelidad mezclado con nuestra fragilidad y nuestra vacilación. Y él haciéndonos participar de su amor inmutable y de su gracia para que podamos vivir para siempre. Un coloquio que se inicia en la celebración litúrgica y que es bueno continuar, particularmente hoy, ante el Tabernáculo. Así, con la vivencia interior y personalizada de la fe cristiana, podremos ser testigos en nuestro s. XXI que busca, a veces sin darse cuenta de ello, voces proféticas y maestras auténticas.